

Un pequeño rincón de sueños

Zenobio Calizaya Velásquez

Ayer tarde, don Nicolás enterró a su hija en el cementerio del pueblo.

Había llegado en la vispera, desde sus chacras de Macha, anoticiado de la fatal desgracia. Alcanzó a velar a su hija sobre un catre viejo, mientras rumiaba su dolor entre silenciosos coloquios con su coca. Le cabía la satisfacción, sin embargo, de haber molido casi a golpes a la alcahueta chichera que con sus mañas cobijó a la muerte. La policía le aguardaba, por tanto, una vez que terminara de cubrir con tierra el cuerpo ennegrecido de la infeliz.

Te vimos, Carlota, con tu pollera menuda sentada en el umbral de la puerta, esperando pacientemente a los habituales parroquianos. La Sirena del Sindicato anunció las cinco de la tarde, y aún no aparecía ninguno. Ibas retozando con tus delgadas manos, cogiendo y amarrando los flecos de tu mantilla o raspando con cualquier objeto el pringue de la jornada pasada, adosado a tus zapatos induvar. En el mostrador de la tienda, reluciente de tanto fregar, se apretujaban en hileras perfectas los trastos del negocio: copas de cristal, botellas, jarras. En la alacena gogoteaban los p'uños, manteniendo prisionero al divino néctar de los dioses andinos.

Los clientes faltaban y el sol de ese día reptaba los techos de calamina.

Cuando Carlota llegó al pueblo, abandonando en la puna sus chacras y su rebaño, buscó presurosa a la paisana que le había dejado la dirección de la casa donde se empleaba, durante un viaje que hizo a la estancia. Encontrarla fue cosa de poco tiempo. La empinada calle de las chicherías era famosa en la región. Su amiga le presentó a la dueña del local y enterada ésta de que la campesinita buscaba trabajo, la empleó enseguida. Carlota aprendió rápido. En realidad el oficio era del más sencillo: mostrarse en la puerta y cautivar a los sedientos, como una grácil sirena en el mar de las angustias. Hacia el atardecer debían desgajarse las pencas, huyendo de la ineluctable raíz de las minas, con su boca reseca y su corazón presto al abrigo de un corpiño. Con el tiempo adquirió las mañas del ministerio y empezó a gustarle el asunto. Los borrachines solían abandonarse, confiadamente, a la hospitalidad de la casa. Como era casi natural que no llevarsen dinero, guardaban en cambio en el fondo de sus arpilleras bolones de casiterita, que para el caso se cotizaban mejor que unos simples billetes. Las coquetas sirenas se las arreglaban para cobrar en especie sus servicios, como aumentarles sutilmente la cuenta. A veces, sustituían la buena chicha con un mejunje despreciado y cobraban el consumo con la calidad de la primera. Según.

Todas las noches te veíamos zapateando en la mugrosa cantina, alegrando a tu pesar a la ocasional pareja, que se abatía entre la modorra, el sueño y la vigilia. No sé cómo podían tenerse en pie, absortos en un mundo extraño e intentando seguir un ritmo vago todavía con fuerza suficiente para desgajar con sus botas de goma partículas de ladrillo. En los rincones se embarraban las bolsas de calcuta y por ahí también le pedían clemencia al cielo los guardatojos caídos, con su enorme y callada boca. El pequeño tocadiscos chillando en el mostrador, era una rara criatura que divagaba con un sonsonete afónico, entreverándose con las voces atipladas de las mujeres y el desorejado acompañamiento de los hombres. La chichera, sin embargo, permanecía expectante y serena, o lo parecía al menos. A intervalos era sustituida la maquineta musical, por un charanguero desvelado que imponía su voluntad de demostrar sus habilidades. Pero el sueño le traicionaba y rodaba por el suelo mojado, arrastrando con sus torpes dedos las cuerdas y aún vomitándose en sus propias ropas. En algún momento se armaba la barahúnda. Golpes por doquier y caídas aparatosas. Entonces gritabas de horror o pedías auxilio, o nada más que por seguir la costumbre habitual en estos incidentes, hasta que finalmente la refriega terminaba en la calle. Conocías bien la fama de esa calle. Donde mueren los valientes.

Las horas del día, por lo regular, estaban destinadas a compensar la vigilia de la noche. Por eso, el encierro voluntario acurrucaba a las empleadas en algún rincón de la casa, sin que les fuese de

importancia salir a la calle. Pero dormir de día no era como hacerlo de noche. A la hora de la nueva jornada, las ojeras acusaban un tremendo cansancio. Las pobres muchachas, sólo por no perder el porcentaje acordado con la patrona, debían recordar que estaban allí para el servicio de los demás.

¿Te acuerdas de aquél que habías defendido una noche de la agresión de unos borrachos impertinentes, que se vinieron de un local ajeno? Supimos que le habías cobijado en la lobreguez de tu cuarto, hasta el día siguiente. El hombre, pues, se holgó de recorrer los misterios de tu cuerpo joven, descubriendo la candidez de tus senos y evacuando su pasión en el nido más íntimo de tu historia. Abierta esa puerta, no encontró obstáculos para trasponerla una y otra vez. Hasta que un día se perdió, sin noticia. El umbral fue testigo de tu desolada espera, meciendo con rabia y dolor el producto henchido que palpitaba en tus entrañas. Eso cambió las cosas. Tu patrona, que como buena celestina condescendió tus relaciones, entendió el perjuicio que representaba tu nuevo estado. Optó por echarte a la calle, con tu bultito de ilusiones y al desamparo del mundo. Supimos que más tarde vagabas por las calles, sin que puerta alguna se abriera para tí y mientras en el cielo se agolpaban cúmulos negros. Sabe Dios cómo fue que caíste en otra chichería, no como empleada sino como cliente, bebiendo como loca cuanto líquido caía en la totuma. Al día siguiente se te vio caminando en torno del jardín del parque, cuya terraza oriental terminaba en un muro alto, ebria y delirante. Te acercaste a las barandas de concreto, mirando absorta la calle del bajío. Sólo Dios sabe lo que rebullía en tu abotagado cerebro. Cuentan que extendiste los brazos como queriendo alcanzar una presencia invisible, y que luego inclinaste el cuerpo para caer enseguida al vacío, con tu pollera y tus enaguas abiertas como una grotesca rosa blanca recién florecida a la vida. Un golpe seco, un ¡ay! quizás, y la gente en torno sofocando el poco oxígeno de aquella triste mañana. Perdiste la criatura en ciernes y la dichosa movilidad de tus piernas. Tuvieron que llevarte a la misma chichería de tus desgracias, sólo para enraizarte detrás del mostrador, sobre una remendada piel de cordero, imposibilitada para siempre de seguir el sonsonete del viejo tocadiscos, de rondar la madrugada mientras tu hombre se escabullía por la puerta de calle, apenas estirando los brazos para limpiar la cristalería como único modo de ganarte la vida.

Debo decirte, Carlota, que el grupo habitué de tu cantina lo conformamos unos amigos y yo, todos pirquineros o veneristas del Cerro Azul, que nos evadimos regularmente de la fría prisión de nuestras bocaminas. En tu pecho hallé un remanso acogedor y en tu abrazo el amor que no había conocido.

Mauricio regresó. Al verla acurrucada en un rincón, como un ovillo muerto que apenas agitaba sus hebras para fregar las copas, empezó a sentir que sus cuencos profundos se inundaban de aguas amargas y su garganta se encasquetaba de un nudo helado y asfixiante. La mujer, al reconocerlo, dio un brinco, volteó el tacho con agua e inició una singular vorido.

Se supo que la hija de don Nicolás había muerto de tanto sufrir e intoxicada con alcohol.

En el cementerio, una vez que los pocos dolientes se fueron, quedó un hombre de ojos hundidos, todavía calzando sus botas de goma, su guardatojo en una mano y su bolsa de calcuta en bandolera. Postrado en el lado del promontorio de tierra recién removida, musitaba sus oraciones.

Las heladas puntas de la noche azotaron el paisaje árido y poblado de cruces, haciendo morder los dientes del hombre que en la tierra.

Zenobio Calizaya Velásquez. 1955
Potosí. Abogado, escritor y
ensayista. Radica en Oruro